

tro esta palabra, que le puso lívido de espanto y de ira.

—¡Asesino!

Al día siguiente cogió Magdalena á sus dos hijas, y andando despacio á lo largo de la playa, llegó á la granja de Landemer.

Aquel era su supremo recurso.

---

#### IV

##### La quinta de los Roguet.

Allí se había educado Magdalena. Desde hacia muchos años, de padres á hijos, los Roguet eran colonos de la casa y era tan inveterada en el país la costumbre de que así fuera, que no se conocía aquella quinta por otro nombre que por el de la quinta de los Roguet.

El propietario, que era un rico parisiense, no iba á ella casi nunca. Los Roguet apenas le conocían.

Iban todos los años á pagar la renta al notario de Valognes, encargado de recibirla, y parecía que ellos eran, después de Dios, los dueños de aquella gran propiedad.

La casa tenía aspecto de castillo feudal, con sus grandes murallas, con ventanas irregulares, cuyos barrotes eran de piedra; sus altos tejados de pizarra, gruesas como losas, blancas como yeso que las nieblas del mar cubrían de una capa de sal.

Los establos, los lagares y las paneras, formaban un cuadro perfecto. Se entraba en ellas por una gran puerta, bajo un arco en el cual el musgo y las parietarias crecían entre las aberturas de las piedras.



Allí era donde reinaba el tío Jacinto Roguet, el mayor de esta familia.

Magdalena era hija del segundo. Este segundo no había prosperado. Lleno de ambición, se había lanzado al comercio, en lugar de cultivar la tierra y se había arruinado con rapidez. La contrariedad había engendrado la enfermedad. La enfermedad había llevado al padre y a la madre de la criatura, a la cual el mayor de los Roguet, solteron, acogió con bastante alegría.

No se carecía de nada en la quinta.

Jacinto Roguet tenía la bolsa bien repleta y su hucha, que era bastante gruesa, aumentaba todos los años con el producto de los manzanos que se inclinaban por la abundancia de los frutos y con las recolecciones de todo género, que las gentes del otro lado del Canal de la Mancha compran con avidez.

Aquella mañana, el tío Roguet estaba en medio del patio y trataba del precio de un buey con un comprador que por su aspecto y su acento parecía desde luego un isleño.

El tío Roguet podía tener cincuenta y siete años. Era grueso y bajo, muy colorado, rubio, como todos los Roguet, y tenía tan solo algunas canas.

—Cincuenta francos más—decía—y la venta está hecha.

—No, no puede ser—decía el comprador.

—Entonces, guardad vuestro dinero y yo guardaré mi res.

El mayor de los Roguet no se alababa de ello; pero pasaba por el ser más obstinado del departamento.

De pronto su cara se transformó.

Temblaba como si fuera a ser presa de una congestión. Su cuello se hinchó y tomó un color violáceo; su faz se inyectó de bilis y de cólera.

Acababa de ver en la puerta, que estaba abierta, a la viuda del pescador, que permanecía inmóvil, sin atreverse a entrar, teniendo a sus dos hijas de la mano.

El espectáculo era de esos que enternecen a los corazones más duros.

El del tío Roguet era sin duda más duro que las piedras de la casa, porque no esperimentó más que una violenta cólera a aquella aparición.

—¡He!—refunfuñó—esto es lo que yo esperaba.

Y dirigiéndose al tratante, dijo:

—Está bien, coged el buey y marchad. Tengo que hacer.

El inglés vió a su vez a Magdalegna, pálida, que avanzaba, y no insistió.

Los criados estaban en la puerta de los establos curiosos, por ver lo que iba a pasar.

Roguet se quedó solo en medio del patio.

—Tío—dijo Magdalena—quisiera hablaros...

—Habla.

—¿Sabeis la desgracia que nos ha ocurrido?...

—La sé.

—Vengo a pedir os una gracia.

—Pierdes el tiempo. Me hubieras escuchado, y entonces no te verías en ese caso.

Magdalena parecía agobiada, abatida, desfallecida. Hablaba muy despacio; se adivinaba en ella un gran cansancio de la vida.

—Hice mal—dijo Magdalena, humillándose.

—Debi escucharos, pero tío yo amaba a Aubin. ¡Era el mejor corazón de la tierra!

—¡Un pordiosero; un descamisado! ¡Ha muerto! No quiero decir más. ¡Un seductor de jóvenes! En fin, ¿qué es lo que quieres?

—Vengo a recomendaros a estas criaturas, que no tienen padre y que muy pronto tampoco tendrán madre. ¿Qué necesitan? Poca cosa. Un lecho para dormir y un pedazo de pan para vivir.

—Buscadlo en otra parte.

—No es por mí por quien os suplico—repuso Magdalena—es por estas niñas. Sois rico. ¿Qué os costaría ser bueno para ellas? ¡Me llamo Magdalena Roguet! Soy hija de vuestro hermano. Voy a morir...



—¡Habladurias! No se muere á tu edad... ¡Trabaja!

—¡No tendreis compasion!

—He dicho que no entrarías aquí más! Máchate.

—¡Teneis el corazon duro, pero mirad á estas pobres criaturas! ¡Apiadaos! Algun día sentireis remordimientos por vuestra crueldad.

—Basta de palabras—dijo Roguet.—Todo el mundo sabe en el pais que Jacinto Roguet, no promete en vano. He jurado que no os tendréis nada de mí. Nada obtendrás ni tú, ni los tuyos. Máchate. Fuera de aquí.

—Adios, pues, tío—dijo Magdalena con el mismo tono afable y resignado con que le habia hablado hasta entonces.—Os obedezco; que Dios os perdone como os perdono yo.

Magdalena se dirigió hácia la puerta llevando de la mano á Colette y á Juana, por cuyas mejillas corrian abundantes lágrimas.

En el dintel se volvió y dirigió á su tío una última súplica.

Roguet levantó la mano y le indicó la carretera.

Entonces ella desapareció con sus niñas.

Las criadas y criados de la quinta, estaban conmovidos por la escena que habian presenciado; pero nadie se hubiera atrevido á hacer la más pequeña observacion al tío Roguet.

Sabian que era inflexible é intratable.

Roguet entró en su casa y se sentó en la mesa de la cocina, enfrente de una inmensa chimenea en que ardian algunas raices de árboles sepultadas en la ceniza.

Evidentemente se libraba en su interior un combate.

Su actitud pensativa así lo hacia creer. Solo el orgullo le habia sostenido en aquella desigual lucha de su obstinacion, contra su conciencia sublevada.

¡Tenia razon Magdalena! ¿Qué le hubiera costado tener dos criaturas más y aun á su misma

sobrina, en aquella quinta opulenta en la cual todo abundaba?

¿Y su dinero? ¿Qué haria de él cuando muriera?

¿A quién irian á parar aquellas economias, amontonadas con el orden y la parsimonia del aldeano, que vive en su tierra de los mendrugos de sus recolecciones y guarda todo su producto?

¡Niños! ¡una mujer joven! ¡Aquello hubiera sido la vida en la casa, la alegría de la juventud, en lugar de la feroz soledad en que se extinguian sus dias!

¡Al fin era verdad! Ella se llamaba Magdalena Roguet, Roguet como su hermano, como él. Y seria una eterna vergüenza dejarla andar por aquellos caminos como una pobre á quien nadie conoce.

Sintió deseos de salir á buscarla, conducirla á la casa con sus hijas, é instalarla en ella como ama, allí donde habia pasado su infancia y su juventud.

Bastante castigada estaba por su falta, y bien veia que con su buen sentido su tío habia tenido razon.

Pero su amor propio le contuvo.

Tiempo tendria de dulcificarse cuando Magdalena volviera, lo cual no tardaria en suceder, porque ¿dónde encontraría ella un asilo?

Habiéndose puesto así bien con su conciencia, el tío Roguet se fué á un campo en donde arrancaban retoños de heno.

Y al atravesar la carretera de Barfleur, dirigió una mirada hacia el camino que debía seguir Magdalena.

No la vió ya.

Magdalena llegó á la venta de los Cloquard.

Pero no se detuvo allí.

Genoveva, la criada, atravesaba la carretera para servir á los parroquianos que estaban sentados bajo el emparrado.

—¿Quereis guardar mis pequeñas una hora?—preguntó la viuda á Genoveva.



—Ciertamente—dijo la criada.

La pobre mujer las tuvo largo rato abrazadas, estrechándolas contra su pecho con ardor febril.

Después hizo un esfuerzo y se alejó en dirección de Vrasville.

Allí fué donde se encontró el cadáver de Aubin.

Anduvo largo rato.

A derecha é izquierda, los despojados campos estendian sus surcos llenos de rastrojos, en donde pacian algunos corderos, guardados por niños vestidos con andrajos; los manzanos inclinaban sus ramas cargadas de frutos.

Muy pocos arados levantaban los barbechos, porque el desaliento reinaba por todas partes.

Magdalena elegía con preferencia los senderos extraviados, evitando ser encontrada y pasar por medio de las aldeas.

Un aduanero que se cruzó con ella á las orillas de la Honguette, la quinta de Santiago de Brandes, al mirarla, le pareció que estaba loca; pero atribuyó esta apariencia á la gran pena que la dominaba, y no se atrevió á decirle nada.

Eran cerca de las cuatro cuando Magdalena llegó á Vrasville.

La marea principiaba á subir.

La ola llegaba á cerca de doscientos metros de la orilla, cubriendo con su blanca espuma las piedras de la playa, pulimentadas por el choque del agua salada.

La niebla, levantándose á lo lejos, oscurecía el horizonte con su bruma.

Magdalena fué á sentarse en una especie de esplanada, formada por un cabo de granito, á cuyo pié, en una profunda sinuosidad del terreno, á unos sesenta pies más abajo de donde ella estaba, se precipitaba ruidosamente la ola.

Allí permaneció pensativa, casi aniquilada, con el cerebro trastornado, contemplando con extraviados ojos la bulliciosa sábana de agua

en que Aubin había sido sepultado arrastrando consigo su alma, su razón y su vida.

El mar avanzaba lentamente, chocando á cada retroceso, en las rompientes de la orilla, sus espumosas olas y elevándose gradualmente por la roca en que la viuda seguía con triste mirada aquel espectáculo que tantas veces había contemplado.

Estaba sin movimiento, sentada en la cuspide con las piernas al aire, aturdida por la resaca de las aguas que iban á batir aquella especie de promontorio, sumergiéndose en las cavidades de las rocas.

Poco á poco, el sol descendió hacia el poniente, irradiando con sus rojizos resplandores el infinito en donde se perdían las miradas.

Y cuando desapareció, no dejando tras de sí más que un reflejo semejante al de un incendio que se apaga, Magdalena abrió los brazos, y, loca de dolor y de desesperación, se dejó caer en el abismo que se arremolinaba á sus pies.

No había mentido

Colette y Juana ya no tenían madre.

¡Estaban solas en el mundo!



En que Genoveva Brucourt cumple su promesa.

Todo habia concluido; la desastrosa paz estaba firmada.

Y el invierno que se habia mostrado tan riguroso, tan nefasto, como si hubiera querido unirse al enemigo para agobiarnos, desapareció para ceder el puesto á las primeras sonrisas de la primavera.

Era el 15 de marzo de 1871; dos hombres vestidos con uniformes, usados hasta verse la trama del paño, pero muy limpios, y sobre los cuales no habia un átomo de polvo, marchaban con precipitado paso por un sendero del bosque de la Trapa.

No llevaban *chassepot*; pero llevaban escopetas, unas escopetas nuevas, compradas en el momento en que los habian desarmado, á fin de no atravesar sin defensa un pais en el cual podian encontrar aun al enemigo. Su equipo era el de simples soldados. No llevaban galones.

El capote del soldado y el pantalon encarnado de la infanteria. El kepis ajado y desteñido era de un mal paño color grana.

Uno de ellos llevaba una cinta encarnada en

el pecho; el otro estaba condecorado con la medalla del Mérito militar.

Venian del ejército del Mans y regresaban á sus hogares.

El caballero de la Legion de honor era el baron de Brandes; el condecorado con la medalla del Mérito militar, su criado Hilario.

Los servicios de correos no estaban normalizados.

El baron, acostumbrado, por la campaña ahora y antes por su vida de cazador, á las marchas forzadas, no habia advertido á nadie de Brandes su vuelta. Quería sorprender á su gente y llegar de improviso á su casa, que se creía feliz en volverle á ver.

Los alemanes habian esquivado aquellas peligrosas soledades.

El pais estaba virgen de sus ultrajes.

Santiago de Brandes, respiraba á pleno pulmon al atravesar aquellos sotos, en los cuales la savia principiaba á circular por los tibios rayos de un sol, que hacia olvidar los rigores de la pasada estacion.

Sin duda habiamos sido vencidos, pero él habia cumplido con su deber. Habia sentado plaza con decision. En todas las circunstancias habia sido el primero en el peligro. La cruz que llevaba, la habia ganado exponiendo cien veces su vida.

Cuando llegaron á la altura del monasterio de la Trapa, la campana tocaba al *Angelus* del medio dia. Su argentino sonido, pasando por encima de los estanques y de los sotos, llegaba hasta el fondo de aquel desierto.

La frente del baron se plegó.

Allí estaba el hermano Anselmo. Habia sido su maestro, quien le habia enseñado la estocada terrible y páfida que habia dado al vizconde de Beaulieu. El fraile le habia dicho: «El golpe es peligroso; casi siempre mortal. No es propio de un caballero».

Sin embargo, se habia servido de él.

¡Y tenia sobre su conciencia un remordimien-



to más grave, el atentado de Brandes, aquel acto digno de un malvado, aquel cobarde ultraje inferido á una joven que confiaba en su honradez! Y más tarde, el robo de una niña, que arrancaba á su victima para hacer de ella misma una victima de su concupiscencia y de su ambicion.

Santiago desechó aquellas ideas.

Despues de todo, aborrecia mortalmente al vizconde de Beaulieu; amaba á Germana. ¡El la subyugaria, gracias á aquella niña que tenia entre sus manos! El porvenir era suyo.

Su conducta durante aquella infausta guerra, resplandeciente, aclamada por el cuerpo de ejército á que perteneció, borraba, á su parecer, muchas bajezas, muchos actos de que tenia que avergonzarse.

Se creia regenerado, ménos decaído, casi ménos culpable.

Pronto se encontró enfrente del soberbio castillo de los Essart.

El importante edificio, con sus persianas cerradas, sus deshojados árboles y sus solitarios paseos, en los cuales no se veia á nadie, parecia estar de luto.

Hilario lo notó.

—¡Qué triste está esto, señor baron!—dijo.

Triste estaba en efecto; más que triste, lúgubre. Pero ¿no podia volver á renacer allí la alegría? ¿Qué se necesitaba para esto? La vuelta de Germana.

El sabria bien llevarle el movimiento, el ruido y la vida con Germana.

¡Seria suficiente decirle lo que habia visto, pintarle aquella cabeza angelical que ella quisiera conocer; hablarle de aquella abandonada á quien le unian lazos tan fuertes, tan imposibles de romper!

Al acercarse á Brandes marchaba con la cabeza erguida, más animado y más ligero que nunca. Cuando estuvo en medio de aquellos pobres sotos, de aquellos arenales y de aquellos

abrojos que componian su triste dominio, su pecho se dilató.

Desde la extremidad de la avenida vió al cura de Brandes que salia de la casa con su discipulo Andrés, y del otro lado del camino á Antonio Brignon, el antiguo guarda del rey, que iba á saber noticias.

Santiago apresuró el paso.

Al verle, Andrés dió un grito y fué á arrojar-se en sus brazos.

El antiguo guarda prorrumpió en exclamaciones de alegría y el cura unió sus manos dando gracias á Dios por la vuelta de Santiago.

Los vaqueros y Lorenzo, el mozo de cuadra, acudieron, mientras que Susana se presentaba en la puerta.

Aquella era una verdadera fiesta; la fiesta del regreso, que para tantas familias redoblaba á la vista de la alegría de los demás, el dolor por las pérdidas sufridas.

Brandes no habia cambiado.

En el fondo de aquel desierto no se habia oido más que un débil eco de los ruidos lejanos.

Santiago encontraba su casa tal como la habia dejado.

Subió á su habitacion; todo estaba en su sitio; las pipas en su puesto; las armas colgadas en la pared; la leña en la chimenea, dispuesta á arder.

El mobiliario era escaso.

Un lecho de encina con colgaduras de tela encarnada como las de las casas de los aldeanos; dos sillones con asiento de junco; una mesa con piés retorcidos y un gran pupitre, que valia por sí solo diez veces más que todos los otros muebles.

Era del estilo más puro de los tiempos de Luis XVI, resto de aquella desvanecida opulencia.

Lo abrió. La llave habia quedado puesta en la cerradura.

Sus ojos se fijaron en el sobre de algunas cartas llegadas á Brandes en su ausencia.



Se apoderó de ellas y examinó el sello de correos. Procedían de Barfleur.

La primera tenía la fecha de 1.º de agosto.

La segunda había sido escrita unas seis semanas después.

La tercera era de fines de octubre.

El baron se admiró al ver tantas cartas y abriendo la primera, no sin algún recelo, miró la firma.

Aquellas cartas eran de la criada de Cloquard.

Su contenido era el siguiente:

«1.º de agosto del 70.

»Señor baron:

»Os prometí deciros lo que ocurriera de importancia en el país. Han enterrado al señor cura Hubert. Parece que era más viejo de lo que parecía. Tenía ochenta y siete años. Deja todos sus bienes á los pobres, escepto una renta y su casa, de las cuales disfrutará durante su vida su antigua criada.

»No hay otra cosa que deciros de extraordinario.

»Las pequeñas Aubin salen en este momento de aquí. Siguen tan hermosas.

»Muchos recuerdos de vuestra servidora,

»GENOVEVA BRUCOURT.»

«30 de setiembre.

»Señor baron:

»Acaba de ocurrir un horrible accidente, del cual os informo porque si quereis hacer algún bien por las pequeñas Aubin, es la ocasión de hacerlo. Van á encontrarse en bien triste situación,

»El padre ha muerto.

»Se le ha encontrado ahogado en el mar de

Vrasvilley, no se sabe cómo ha podido ocurrir esta desgracia.

»Su barca estaba en el mar, á más de tres leguas de la costa, sin avería alguna.

»Ha sido conducido á Barfleur por unos ingleses que la han remolcado, y de este modo, la viuda pierde su marido y lo poco que poseía, porque esa barca era todo lo que tenía y pertenece á quien la ha recogido.

»Era una compasión ver á la pobre Magdalena y á sus niñas seguir el entierro del desgraciado Aubin.

»Todo el mundo lloraba.

»Acerca de este suceso se cuentan historias que os diré cuando vengais aquí.

»Espera no tardar en veros por esta casa, vuestra servidora,

»GENOVEVA BRUCOURT.»

«5 noviembre del 70.

»Señor baron:

»Esperaba veros llegar aquí de un momento á otro y me hubiera alegrado mucho de que así hubiera sido.

»Tengo que contaros una nueva desgracia, desgracia que era de esperar.

»A mí no me ha sorprendido. Desde la muerte de su marido tenía trastornada la cabeza la pobre Magdalena.

»Hace unos diez días se la encontró ahogada cerca del sitio en donde encontrarán á su marido. Un aduanero fué quien la sacó del agua.

»Había dejado á sus niñas en nuestra casa, rogándonos que cuidáramos de ellos una hora. Los tuvimos dos días.

»Cuando la pobre mujer fué enterrada, los Cloquard, que son muy buenas gentes, se decidieron á encargarse de ellas. Juzgareis cuánto me alegraría á mi esto. ¡Estaban tan hermosas,

UNIVERSIDAD DE TRUJILLO  
BIBLIOTECA UNIV. DE TRUJILLO  
4215  
Apo. 16



que no se las podía arrojar al muladar! ¿No es verdad? Pero he aquí lo que pasó.

»Una señora anciana, alguna marquesa, que pasaba por aquí en un coche de viaje y á quien acompañaban algunos criados, se detuvo en la venta.

»Los caballos del coche eran soberbios, y parecía que no estaban cansados.

»Al ver á las pequeñas, medio desnudas y tan tristes en su luto, que lloraban en un rincón, la señora se informó.

»La tía Cloquard y yo se lo referimos todo: la muerte de Aubin y la pena de su mujer, y cómo habiendo perdido ésta la cabeza, se había arrojado al mar.

»La anciana señora se quedó pensativa.

»—¿De modo—dijo—que esas pequeñas no tienen ningún pariente?

»—No, señora.

»—¿Nadie podrá reclamarlas?

»—Nadie—la contestó el ama,—y es una gran obra de caridad el cuidarse de ellas.

»—Pues me las llevo. No hay que inquietarse por ellas, pues no lo pasarán mal.

»Y, en efecto, se las llevó como lo dijo.

»Un cuarto de hora despues, las dos pobres niñas estaban ya lejos.

»Las besé mucho, antes de su partida, sobre todo á la rubita, que es un verdadero amor.

»Ellas nos enviaban besos desde el coche.

»La anciana señora parecía muy buena y muy respetable.

»A los dos dias, el viejo Roguet de Landemer, tío de Magdalena, que las había arrojado de su casa como á perros, para ahogar sus remordimientos vino á buscarlas.

»Ya no estaban aquí.

»Fué á Cherbourg.

»Nadie había visto el coche ni á su dueño: las pesquisas han sido inútiles, y despues no se ha vuelto á oír nada de ellas.

»Se me olvidaba decirnos que ni se ha pensado en preguntar el nombre de la señora.

»Es igual; las niñas han tenido suerte, porque ya están libres de la miseria. La señora debe ser rica, muy rica.

»Es todo lo que os puedo decir.

»¿Cuándo vendreis por aquí?

»Tal vez vos mismo no lo sepais, porque todo marcha muy mal.

»Vuestra servidora,

»GENOVEVA BRUCOURT.»

Santiago de Brandes quedó un momento pensativo, con los brazos cruzados, la cabeza baja y como herido por un rayo.

¡El arma de que contaba servirse contra su víctima, le era arrebatada; su plan estaba destruido, su hija perdida!

—¡Ah!—pensaba, clavándose las uñas en el pecho—¿comienza ya el castigo?